

Discutir las "ideas" del *Esquema de la Argentina* sería inútil, puesto que el autor no pretende convencer a su lector, sino plantearle ante una realidad; la opción, pues, no es solicitada. De todos modos, se podría yuxtaponer un proceso de signo inverso al descrito por este libro; es más, creemos que no se hace otra cosa desde el Bravo hasta la Patagonia. Cada época escribe su historia, tiene sus verdades, su ortodoxia. Por ello, Etchecopar es un heterodoxo, es el hombre que disiente de lo común, que se enfrenta con lo común, y no por gusto de singularizarse, sino por íntimo y total convencimiento, por estar seguro de hallarse ante una interpretación de la Argentina que no es la "oficial".

Finalmente digamos dos palabras sobre la filiación de esta obra. Si el influjo de Ortega y Gasset es algo que salta a los ojos, pues Etchecopar quiere que sea evidente, habría que añadir una extraña coincidencia final: encontrándose en los dos puntos más distantes del tablero político, las tesis de Martínez Estrada y de Etchecopar se encuentran y casi se identifican, a pesar de haber partido de una valoración del pasado radicalmente opuesta. Finalmente, el libro de Etchecopar nos hace recordar la mayor parte de los escritos de André Siegfried al saber amalgamar cultura, estilo, finura de observación y un cierto aristocrático despego de la materia narrada. Como Siegfried cultiva un género, aquí y en otras partes, que las comunicaciones modernas han matado: el libro de viajes, origen de la ciencia política.

RAFAEL SEGOVIA,  
*de El Colegio de México*

Aldo FERRER, *La economía argentina. Las etapas de su desarrollo y problemas actuales*. México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1963, 266 pp.

Uno de los mayores méritos de la obra de Aldo Ferrer es el haberle dado a su libro una estructura cronológica y rectilínea que le permite asociarse íntimamente a los hechos más sobresalientes de la historia argentina. Su segundo mérito es la claridad, el haber expuesto una serie de lecciones puramente técnicas sin haber tenido que recurrir a las palabras técnicas que muchas veces son simplemente esotéricas. Quizá por este motivo se clasifique a la obra entre las llamadas de "divulgación" cosa a la que también puede contribuir la ausencia de aparato crítico. Dejando de lado estas posibles

apelaciones que nada aclaran sobre *La economía argentina*, advertimos que cualquier persona que conozca medianamente los hechos más característicos de la vida histórica de la Argentina, hallará donde asentar firmemente lo que no es más que una serie de opiniones.

Aldo Ferrer ha dividido su obra en cuatro partes que corresponden a las fases que componen la historia de la economía argentina: "Las economías regionales de subsistencia" (siglos xvi al xviii); "La etapa de transición" (fines del siglo xviii hasta 1860); "La economía primaria exportadora" (1860-1930); "La economía industrial no integrada" (1930—). Los títulos de los capítulos bastan para indicar cuáles son sus ideas sobre el desarrollo de la economía de esta nación sudamericana.

En la época colonial la región del Río de la Plata es una de las menos desarrolladas; sólo el N.O., conocerá una cierta importancia por su cercanía con las minas de Potosí en el Perú. La región del Litoral no es aún más que una gran zona ocupada por los indios. No hay, en este período, crecimiento demográfico: los indios no se incorporan a la economía y no hay aportación de mano de obra esclava. De los 300,000 habitantes, entre el 80 y el 90 % se ocupa de actividades agropecuarias y la población urbana no va más allá del 10 %. En el Litoral cuenta fundamentalmente Buenos Aires, ya primer puerto exportador. La exportación de los cueros (un millón a fines del xviii, dos millones y medio para 1850) y la ampliación del mercado interno serán una de las mayores fuentes de capital. En 1860 la economía argentina se entronca con la mundial y se hace abiertamente economía exportadora.

La economía argentina adquiere entonces sus perfiles fundamentales: dependencia de las exportaciones y de las importaciones, concentración de la mayor parte del ingreso en unas cuantas manos, devaluaciones constantes del papel moneda con la consiguiente baja de los salarios reales, distribución disparatada del presupuesto nacional. El sector agropecuario, el más importante por mucho, rige la vida nacional: él será quien favorezca las devaluaciones del papel moneda, pues con éste cubre sus gastos internos mientras coloca sus productos en el exterior, a cambio de monedas fuertes. Tomando como base el año de 1826 la devaluación en 1840 es del 2100 %. Otro rasgo argentino esencial, el crecimiento gigantesco de Buenos Aires y un interior raquítico y estacionario, es culpa también de este sistema de exportaciones e importaciones, al igual que lo es el volcarse exclusivamente a

producir cereales y ganado en una Pampa que se antoja infinita, con desprecio absoluto hacia todo lo que no pertenezca a este sector.

A partir más o menos de 1860, Ferrer distingue tres hechos fundamentales que integran la economía argentina en el mercado mundial: el movimiento internacional de capitales, las corrientes migratorias y la expansión comercial mundial. En 1914 habrá invertidos en la Argentina 44 mil millones de dólares; ese mismo año llegan a un millón y medio los inmigrantes. Un fenómeno se advierte de inmediato: al mismo ritmo que crecen las importaciones y exportaciones, aumentan la magnitud de los problemas. Vinculada a la economía mundial, la Argentina sufre las crisis mundiales, sobre todo la gravísima de 1890, pero en las fases de recuperación el crecimiento de las exportaciones continúa, el de las importaciones también y también, necesariamente, el del endeudamiento exterior. El equilibrio depende de esa época de tres factores: de un aumento permanente de la superficie explotada, de una expansión continua de las exportaciones y de una llegada ininterrumpida de las inversiones extranjeras. Claro es que se trata de un equilibrio inestable.

La crisis de 1929 y la conferencia imperial de Ottawa darán al traste con tan frágil equilibrio. La nación del Plata se encontrará con una economía no integrada o sea, con que dependerá de la importación de máquinas, equipos, bienes intermedios y combustibles para el funcionamiento de su industria, puramente manufacturera. Y esto en el momento en que se cierran los mercados donde se situaban los productos de la Pampa origen de las divisas y los capitales se retiran de manera acelerada. Se pierden 900 millones al año en las exportaciones, y para 1930-1934 la capacidad de importar es sólo el 46 % de lo que había sido en 1925-29. Si las exportaciones en este último período, el 24 % del producto nacional bruto, a partir de 1950 no alcanzan ni al 7 %; esto, aliado a otras medidas —nacionalización de los ferrocarriles, repatriación de la deuda interior argentina, etcétera— hace que el capital extranjero invertido en la Argentina pase del 22 % en 1929 al 5 % en la actualidad. Lo que a primera vista puede interpretarse como una nacionalización de la economía no es más que un estancamiento. La industria en 1963 sigue ofreciendo el mismo número de plazas que en 1945-49 (un millón y medio) y el resto de la mano de obra que llega al mercado del trabajo es absorbida por los sectores no productivos; los niveles de vida, en 1963, son

iguales a los de 1948, en cambio los gastos públicos pasan del 15.6 % en 1925-1929 al 28.2 % en 1955. "Durante la etapa, pues, se consolida la estructura típica de la economía industrial no integrada. La diversificación de la estructura ocupacional se asemeja a la existente en los países de altos niveles de ingresos y elevados ritmos de desarrollo. Pero esa diversificación obedece, en buena parte, al estancamiento de los sectores básicos". Los intentos de trasladar los márgenes de beneficio a la industria por medio del control de cambios, o la liberación de éstos con objeto de darle un nuevo impulso al sector agropecuario no introducen el cambio de estructuras que reclama la economía argentina. Hay cinco puntos básicos que impiden su integración: la rigidez de la oferta (sector agropecuario), la rigidez de la capacidad de importación, el insuficiente desarrollo de las industrias de base, el insuficiente capital de infraestructura y el carácter estructural del déficit fiscal. Todos los intentos, simples "expedientes", hechos para modificar esta situación han sido condenados al fracaso. "En realidad, escribe Ferrer, se ha llegado al peor de los mundos posibles: deflación real con inflación monetaria", y, a pesar de ello, el nivel de ingreso por habitante, después de quince años de estancamiento, es casi el doble que el promedio de América Latina.

Al empezar esta nota poníamos de relieve dos de las virtudes de esta obra, añadamos la tercera: ni por un momento Aldo Ferrer intenta salirse de los estrictos límites de la historia de la economía: una vez se lee el nombre de Perón y dos el de Sarmiento; quizá haya algún otro nombre, exclusivamente nombre, que no se advierte, como podrían no haberse advertido los dos primeros, a menos de que esta parsimonia no llamase la atención. Ferrer no intenta una síntesis, no recurre al paso no lógico; lo económico se funda en lo económico y si hay una teoría subyacente le deja al lector la ocupación detectivesca de buscarla. Pese a esta reserva, se tiene la impresión al terminar la lectura de *La economía argentina* de que los puntos culminantes de su historia adquieren mayor consistencia, de que se encuentran mejor asentados en su pasado.

Siguiendo en orden de publicación a la *Formación económica del Brasil* de Celso Furtado, nuestro mejor deseo es que tales obras sigan apareciendo, hasta tener una colección de estudios sobre las economías de la América Latina que sean el equivalente de la colección Tierra Firme.

RAFAEL SEGOVIA,  
de *El Colegio de México*